

con afecto de caridad paterna declaras ser el pan de tus hijos; *Æterne Deus*: Que esfuerzas á los mortales con el alimento de tu divinidad para llegar á la eterna inmortalidad. De lo primero, dice David: *Gloria et divitiæ in domo ejus.* (Psalm. III). De lo segundo, añade el mismo en el Psalm. LXXVII: «Verá el pobre convertida su necesidad en «abundancia de todos los bienes que ves- «tra bondad, Dios mio, le prepara.» De lo tercero, concluye en el salmo cx: «Este «Dios misericordioso y benigno para los que «le temen dió un maravilloso alimento á «nuestros padres, para que recibéndole ca- «da dia se acordasen de tantas maravillas «como hizo á favor de ellos.»

Per Christum Dominum nostrum.

Luego, pues, es muy justo dar gracias al Señor, al Padre y á Dios. *Per Christum Dominum nostrum*, como mediador y abogado nuestro. *Mediator Dei et hominum homo Christus Jesus.* (Apost. ad Timoth. II). *Per quem majestatem tuam laudant Angeli...*

Manifestada la primera razon de la divina alabanza, que es la excelencia de la naturaleza divina, síguese la segunda razon, que es la alabanza angélica, cuando dice: *Per quem majestatem tuam laudant Angeli.* La que puede tambien exponerse de dos maneras, como la parte superior. Primero,

de los beneficios generales; segundo, del sacramento de la Eucaristia. *Per Christum*, pues, alaban los Ángeles á la majestad de Dios, porque de él tienen su existencia por creacion y ciencia por iluminacion. *Ipse est enim Dei virtus et Dei sapientia.* (I Corinth.). No solo lo alaban, sí que tambien lo adoran y tiemblan: lo alaban, porque fueron hechos por el Hijo. (Genes. I). Habló Dios, y fue hecha la luz; esto es, la naturaleza angélica, de la que dice David: *Verbo Dei cæli firmati sunt.* (Psalm. XXXII). Lo adoran, porque él es el Jefe del ejército celestial, segun Esdras, IX: *Exercitus cæli te adorant;* y en el salmo xcvi: *Adorate eum omnes Angeli ejus.* Tiemblan por ser él su Señor: *Columnæ cæli contremiscunt, et pavent ad nutum ejus.* (Job, c. xxix). Tambien puede decirse: lo alaban, dando un testimonio á la virtud de su majestad; lo adoran, reverenciando la excelencia de su majestad; tiemblan, administrando la potencia de su majestad sirviéndole; tiemblan, digo, no por causa de miedo, sino por concepto de admiracion: por cuyas palabras se ve claramente cuánto debemos alabar á la divina Majestad, alabándole los Ángeles, como lo hemos demostrado.

Adorant Dominationes, tremunt Potestates.

Es en extremo reverenciada la majestad

de Dios, porque la adoran las *Dominaciones*, que tienen dominio sobre todos los demás Ángeles buenos inferiores. Es admirablemente admirado, pues á su presencia tiemblan las Potestades, que tienen sujetas á sí las virtudes contrarias á los demonios.

Cæli cælorumque Virtutes.

Manifestada ya la segunda razon por que debemos siempre dar gracias á Dios, alabarle y bendecirle; sigue aun la confirmacion de la misma razon. *Cæli cælorumque Virtutes*; por cuyas palabras puede tambien entenderse de los cielos corporales, porque ellos alaban á Dios, pues que su materia presta á los hombres el camino para alabarle, como todas las demás criaturas corporales, segun dice David en el salmo CXLVIII: *Laudate eum cæli cælorum...* Dicese *cæli* en plural, para denotar que hay muchos cielos y muchas virtudes é influencias por las que crecen y se conservan todas las cosas inferiores que aquí tenemos. Tambien puede esto entenderse de los cielos espirituales, que son los Ángeles, especialmente aquellos que son llamados *Tronos*, esto es, sede de Dios. *Virtutes cælorum*, son otros Ángeles, así llamados, á los que pone Gregorio supremos de baja jerarquía, en donde Dionisio *collocat Principatus*.

Beata Seraphim.

Son Ángeles supremos entre todos, para que así se manifieste que todos los órdenes de los Ángeles, tambien aquellos no nombrados, tienen el oficio de alabar á Dios como así está escrito: *Laudate eum omnes Angeli ejus: laudate eum omnes virtutes ejus.* Todos, pues, celebran con igual alegría las divinas alabanzas.

Socia exultatione.

Nunca, jamás acaban las divinas alabanzas sin la mas extraordinaria alegría, por lo que dice David: *Beati qui habitant in domo tua Domine: in sæcula sæculorum laudabunt te.*

Segunda exposicion.

Mas aplicándolo en especial á la sagrada Eucaristía, puede en segundo modo exponerse manifestando aquel á quien deben darse las gracias por este Sacramento sobre la eminente y extraordinaria alabanza de la voz angélica; por lo que es preciso advertir tres cosas: Predicacion de altísima alabanza: *Per quem majestatem tuam.* Obsequio de grandísima reverencia: *Laudant Angeli, adorant, tremunt.* Y la alegría celebrada en las mas altas regiones: *Cæli cælorumque Virtutes...* Dice *Per quem*, para

manifestar el mediador en el oficio de alabanza. *Majestatem*, para declarar la extraordinaria elevacion del que se alaba. Por Cristo mediador, que existe en este Sacramento, se da á los Ángeles bienaventurados diferentes motivos de alabanza, pues que alaban á Dios por el mismo Dios. Por su mediacion se perfecciona el efecto de su custodia, son preservados de sus caidas, y por la misma se acrecienta su perfeccion.

De lo primero se lee en el salmo xc: *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant...* Pues Cristo por la obra de su redencion, en especial por este divinísimo Sacramento, dió por vencido á nuestro enemigo por efecto del Ángel Custodio. Por lo que dice: *Audivi vocem magnam de cælo: nunc facta est salus, et virtus, et regnum Dei nostri et potestas Christi ejus...* (Apocalyp. xii). Alégrense por esto los cielos y todos sus habitantes, *id est Angeli*. Esta grande voz no es otra que la voz de los Ángeles, que por la contemplacion de tanta gracia alaban y admiran al Hijo de Dios, que proveyó la custodia angélica para efecto de nuestra salud.

De lo segundo dice el Apóstol (ad Ephes.): *Primo gratificavit nos Deus dilecto Filio suo...* Esto es, propuso por él en la dispensacion de la plenitud de los tiempos renovar todas las cosas que están en la tierra y en el

cielo. Y á mas: *Dominus duplici parabola de ove et drachma perdita restorationem ruinæ Angelorum explicat.* (Luc. xv). Á lo que puede aplicarse aquello de Amós: *In die illo suscitabo tabernaculum David quod cecidit, et reedificabo aperturas murorum ejus, et ea quæ corruerant instaurabo, et reedificabo illud sicut in diebus antiquis.* (Cap. ix). Así, pues, por la gracia de Cristo mediador, que en especial se nos comunica por este Sacramento, reparó Dios el celestial tabernáculo, que disminuido del número de Ángeles, lo reintegró por los hombres.

De lo tercero leemos en el ya citado salmo xc: *In manibus portabunt te...* Porque en virtud de la sangre de Cristo la mano angélica ayuda al hombre para que con mas facilidad llegue á la perfeccion de la virtud; mas para que con ayuda de los Ángeles lleguemos al verdadero camino, es preciso que, vencido primeramente el tentador que nos inclina al mal, apartemos por la sangre de Cristo el peso de las circunstancias de los pecados. Por lo que dice san Mateo en el cap. iv: *Quod postquam Christus diabolum tentatorem dejecit, accesserunt Angeli, et ministrabant ei.*

Majestatem tuam.

Manifestada ya la eminente y extraordinaria alabanza angelical, hablaremos aho-

ra de la voz *Majestatem tuam*, nombre derivado de mayoría ó de grandeza: como que majestad es grandeza siempre permanente, sin que pueda perder ni disminuir. Esta es la grandeza que Dios manifiesta de un modo especial en este Sacramento, en el que con admirable majestad hace que de incomprensible se comprenda en tan pequeña materia; que recibido por el hombre quede siempre con el mismo, y que reinando en el cielo sea sacrificado en el altar.

De lo primero dijo Salomon: *Si cælum et cæli cælorum te capere non possunt, quanto magis domus hæc parva quam ædificavi tibi?* (III Reg. VIII). Tal es la pequeña forma de la hostia; mas por contenerse en ella todo Cristo, perfecciona la majestad divina que hizo al Verbo abreviado sobre la tierra. (Isai. x). Abreviado á la verdad, primeramente en la Encarnacion, pero mucho mas abreviado en las especies de pan y vino.

De lo segundo leemos: *Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem: sic qui manducat me vivet propter me.* (Joan. c. III). Cuya comida no se transforma en sustancia del que la toma, como se verifica con la comida de carne, sino que se transforma en Cristo el que la recibe. Es, pues, tomado por nosotros para que vivamos con

él, y se quede en el cielo para que reine-
mos con él mismo: *Ego dispono vobis sicut disposuit mihi Pater meus regnum, ut edatis et bibatis super mensam meam in regno meo.* (Luc. XXII).

De lo tercero dice el Apóstol: *Quotiescumque manducabitis... mortem Domini annuntiabitis...* (I Corinth. II); por lo que le ofrecemos en el altar haciendo memoria de su pasion y muerte, y figurative lo sacrificamos: por cuya razon nos servimos del altar, en lugar de cruz; del cáliz, por sepulcro; de la patena, por la piedra que estaba encima, y de la pália ó corporal, por la sábana en la que fue su cuerpo amortajado. Con todas estas cosas creemos lo que dice el Apóstol: *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur.* (Rom. VI).

Laudant Angeli.

La Majestad divina en este Sacramento es alabada por los Ángeles: *Per Christum Dominum nostrum*, en cuyo sacerdocio y sacrificio la misma Majestad, como se ha dicho, obra todos los milagros.

Despues de la eminente alabanza manifiestan los Ángeles el obsequio de la mas extraordinaria reverencia, cuando se añade: *Laudant Angeli, adorant Dominationes, tremunt Potestates.* En este Sacramento se

contiene la virtud de Dios y todo su honor: la virtud exige alabanza, y el honor reverencia; porque la alabanza preconiza la virtud, y el honor indica la reverencia; la que es de dos maneras: la una tiende á la grandeza de aquel á quien se tributa la reverencia, y se llama adoracion; y la otra mira la bajeza de aquel de quien se exige la reverencia, y se llama temor ó temblor. Según este principio se distinguen aquellas palabras: que los *Angeles alaban la virtud de Dios*, por la que el género humano triunfó de su enemigo por medio de este sacrificio. Por cuya razon leemos: *Ultio dicitur in oratione Manasse regis Juda: quam te laudat omnis virtus cælorum...* (Paralip. II). Este oficio celeste es de todos los espíritus celestiales; y por esto en nombre de Ángeles se toman aquí todos sus órdenes y jerarquías, cuya alabanza, como dice el beato Gregorio, es la admiracion de la sabiduría y majestad de Dios, que perfecciona tal virtud por este Sacramento.

Adorant Dominaciones.

Adoran las Dominaciones su honor contenido en este Sacramento; pues está lleno de toda gracia, no solo creada, que es accidente, sino de Dios, que es gracia subsistente é increada, y fuente de toda gracia y virtud: razon por la que le deben los An-

geles todo honor, que es la adoracion. De la que nos dice el Apóstol: *Cum introducit primogenitum in orbem terræ... Et adorant eum omnes Angeli ejus.* (Hebr. I). Introdujo, pues, el Padre á su Hijo en este mundo: primero, por la Encarnacion en las entrañas de la Virgen María; y segundo, lo introduce todos los dias cuando se hace este Sacramento, y es recibido por los fieles en nuestra santa madre Iglesia. Se nombran aquí las Dominaciones, que es el orden superior de la segunda jerarquía, para excitar á los fieles á la adoracion de Dios; pues si aquellos espíritus celestiales, que por la propiedad de su nombre parecen menos inclinados para prestar reverencia á alguno; quiero decir, si las *Dominaciones* adoran á Dios, ¿cuánto mas debemos nosotros adorarle, siendo hombres débiles y miserables?

Tremunt Potestades.

Siguiese: *Tiemblan las Potestades*; esto es, por la extraordinaria majestad y grandeza del que es adorado. El temblor, pues, proviene de la consideracion de la propia fragilidad, respecto á la majestad de Dios, á la que si se compara toda criatura, por mas perfecta que en sí sea, no solo parece pequeña, sino que desaparece. De donde se sigue que es preciso é indispensable que

toda criatura tiemble ó se espante á la majestad de este Sacramento; pues en la pasión de nuestro adorado Jesús, de la que es memoria este sacrificio, se partieron las piedras, se abrieron los sepulcros, tembló la tierra, y el sol se oscureció: así como le adoran las Dominaciones, deben del mismo modo verificarlo las Potestades: *Ad quas pertinet omnes corripere et neminem timere...* (Dionys. cap. 8 de cœlest. hierar.): conociendo entonces que su potestad es casi ninguna, respecto la divina que está en este Sacramento, tiemblan con razon: ¿cuánto mas, pues, debe espantarse la humana fragilidad delante este Sacramento, oyendo que tiemblan las Potestades celestiales?

Síguese en el Prefacio lo tercero que propusimos: el gozo extraordinario que se celebra en las altísimas regiones cuando el sacerdote añade:

*Cœli cœlorumque Virtutes ac beata Seraphim
sœcia exultatione concelebrant...*

En cuyas palabras es tambien preciso se noten tres cosas, á saber: *Cœli cœlorumque Virtutes et beata Seraphim*, para manifestar con cuánta alegría todos los Ángeles asisten á este tremendo misterio: llámanse aquí *cielos* los Espíritus angélicos que veneran sobre sí á aquel que está en este Sacramento; pues Cristo sube en dignidad,

colocándose con su humana naturaleza en las cumbres angelicales sobre todos los cielos. Por cuyo motivo dice el real Profeta: «Ayudadme á bendecir al Señor todos los que componéis su celestial milicia, y sois fieles ministros de su voluntad.» (Psalm. ciii). Y estos alaban á aquel que sobre todos cumplió la voluntad de Dios Padre: *Opus consummavi.* (Joan. xvii).

Beata Seraphim es el supremo orden de los Ángeles, que ardiendo todos en amor, asisten continuamente al rededor de la Trinidad adorable, llamándose *beatos* por antonomasia. Tambien porque contemplan sobre sí la elevacion de la divina sabiduría y suavidad de este Sacramento; por cuya razon celebran juntos solemnemente y alegres con los demás Ángeles la veneracion de este misterio. Celebrando, pues, de este modo aquellos extraordinarios ejércitos celestiales, y festivando á la majestad de Dios en este Sacramento, seria del todo irracional si los hombres se apartasen de esta celebridad, no queriendo alabar á Dios con los Ángeles: estos tales se expondrían á aquella reprension que leemos: *Ubi eras cum me laudarent astra matutina...* (Job, c. xxxviii). Se introducen, pues, en el Prefacio las legiones angélicas, alabando y adorando á Dios, para excitar y mover nuestra tardanza en la veneracion de un tan

grande Sacramento, á fin de que por su ejemplo seamos movidos para asistir á la celebracion de la Misa con toda dignidad y devocion.

Llega finalmente la última parte del Prefacio, por la que se pide sea aceptada la divina alabanza, cuando el sacerdote añade:

Cum quibus et nostras voces ut admitti jubeas deprecamur.

De lo que se ve claramente suplica el sacerdote que las voces de los hombres se mezclen con las que celebran los Ángeles en alabanza de Dios, y esto no sin razon; pues que hay dos géneros de criaturas racionales, Ángeles y hombres; á los que Dios crió para afirmarse en las divinas alabanzas, y le diesen al mismo tiempo acciones de gracias. Por esto leemos: *Et audivi vocem quasi citharadorum citharizantium in citharis suis...* (Apoc. xiv). Dice, pues, el sacerdote: *Cum quibus*, esto es, con los Ángeles, Dominaciones y Potestades; *nostras voces*, humildes á la verdad, pero racionales; *ut admitti*, en alabanza del Sacramento; *jubeas deprecamur*, porque sin tu mandato y sin el auxilio de tu gracia no podemos cumplir sean oidas nuestras voces entre las de los Ángeles, y por esto pedimos *supplici confessione*, no con soberbia presuncion, sino que postra-

dos en la presencia de tu Majestad con humilde devocion, sigamos ó continuemos tu alabanza.

Epílogo.

Resumiendo, pues, todo el Prefacio, diremos en breves palabras cuál fue la intencion de la Iglesia en su institucion; y fue para que el sacerdote, antes de la consagracion y suncion del Sacramento, hablase al pueblo, excitándolo para celebrar con devocion este tan grande misterio. Para cuyo efecto pone primero aquellas palabras, diciéndoles: *Dominus vobiscum*, el Señor sea con vosotros, por su gracia que es necesaria para este negocio. *Sursum corda*, levantad de lo terreno á lo celeste vuestros pensamientos y afecciones. *Gratias agamus Domino Deo nostro*, demos al Señor Dios nuestro gracias, alabanzas y bendiciones. *Vere dignum et justum est, æquum et salutare*, porque esto es digno y justo en verdad, proporcionado y saludable. En cuanto á la segunda parte hay dos razones de prueba: ya por la magnificencia ó grandeza de su majestad, cuando decimos: *Domine Sancte, Pater Omnipotens, Æterne Deus, per Christum Dominum nostrum*; ya por imitacion de la alabanza que le dan los Ángeles, cuando se añade: *Per quem majestatem tuam laudant Angeli, adorant Domi-*

*nationes, tremunt Potestates: cæli cælorum-
que Virtutes ac beata Seraphim socia exul-
tatione concelebrant.* Tercero y último, ora
y suplica el sacerdote sea aceptada y reci-
bida nuestra alabanza, diciendo: *Cum qui-
bus et nostras voces, ut admitti jubeas de-
precamur, supplici confessione dicentes.*

A mas de este comun Prefacio hay otros
especiales para ciertas festividades de ma-
yor solemnidad, que dan materia para ex-
citar á mayor devocion, proporcionada siem-
pre á la grandeza del misterio que se cele-
bra; y estos son en número de diez: 1.º El
de la Resurreccion de Nuestro Señor Jesu-
cristo. 2.º El de su Ascension. 3.º El de Pen-
tecostes. 4.º Natividad del Señor. 5.º Epifa-
nía. 6.º De los Apóstoles. 7.º De la Santísi-
ma Trinidad. 8.º De la Santa Cruz. 9.º De
Cuaresma ó ayuno. 10. De la bienaventu-
rada Virgen María. Como consta en los de-
cretos, cap. 70, *Distinct. Sanctorum Cano-
num, ex Concil. Placentino ab Urbano papa.*
Dejamos al arbitrio de nuestros lectores la
exposicion de lo que se añade en cada uno
de dichos Prefacios al comun Prefacio ya
expositado.

CAPÍTULO XII.

DE LA COMUN EXPOSICION DEL HIMNO, Ó SEA
DE LA ALABANZA DE LOS ÁNGELES Y DE LOS
HOMBRES, QUE PRINCIPIA SANCTUS, SAN-
TUS, SANCTUS.

Excitado el pueblo fiel por el Prefacio que
precede á confesar al Señor los milagros
que obra por este Sacramento, y supuesta
la súplica dirigida á Dios, á fin de que acep-
tara ó admitiera nuestras alabanzas mez-
cladas con las voces de los Ángeles, dispu-
so la Iglesia se cantara por el coro el him-
no que es comun de los Ángeles y de los
hombres, por la excelsa alabanza de la Tri-
nidad adorable. Concluido, pues, el Prefa-
cio empieza el coro á cantar:

Sanctus, Sanctus, Sanctus.

Sixto papa I instituyó, no sin motivo, se
cantara en dicho lugar este himno; pues
siendo justa la suplicacion que precede,
confia la Iglesia fue ya oida por Dios, á cu-
yo honor fue dirigida: por esto adapta el
himno de divina alabanza mezclada de las
palabras de los Ángeles y de los hombres.

Dividese, pues, este canto en dos partes
principales: la primera es la voz de los Án-
geles, y la segunda la de los hombres, que